Carta literaria a una amante, a imitación de las de Bécquer (¡Que Dios me perdone!)

El otro día cuando nos despedimos ante el dintel de la puerta, me preguntaste si lo nuestro era solo sexo. Yo te miré fijamente a los ojos, de esa manera tan mía, tan nuestra, y te respondí con un lacónico y sincero: —No, es algo más. —Tú, que sabes de mis silencios cargados de emoción contenida, demasiada contención, no insististe más y me diste un beso húmedo, breve, en los labios mientras te marchaste como pensativa.

Ahora tumbados los dos, desnudos y aún jadeantes, contemplo todo el campo de tu cuerpo. Cierro los ojos, cojo aire profundamente, recreándome en el momento. Las imágenes se me agolpan tras las pupilas dormidas. No, no es solo sexo. Cuando me aferro a ti como quien se aferra a una tabla de salvación, como el que busca una última bocanada de aire antes de ahogarse. Cuando siento mi ser sobre y dentro de ti, moviéndonos al compás de la luna, sonrojando a las lejanas estrellas. Cuando oigo tus gemidos cerca de mi oído y me arañas la piel de la espalda en un espasmo de éxtasis descontrolado. Cuando te miro directamente a los ojos, y te acaricio tu cabello ensortijado y corto, a la vez que te penetro despacio y en silencio. Cuando me separo de ti unos centímetros para saborear tus labios sonrojados de rocío, para volver de nuevo al impulso más salvaje que hace que se te escape un suspiro de placer, una risa infantil y pícara. No, no es solo sexo.

El otro día cuando nos despedimos ante el dintel de mi puerta, me preguntaste si el poema que te dediqué era sincero, si la poesía y el sexo eran lo mismo para mí. Yo te miré a los ojos, de esa manera tan mía, y te respondí: —El poema es mi manera de expresar mi deseo. —Y con esta críptica respuesta, te marchaste como pensativa.

Ahora, mientras juegan mis manos sobre la cumbre de tus pechos, veo el poema que se abre ante mí, despacio, cargado de humedad y de palabras aún no escritas. No hay nada más sincero que dos cuerpos que se unen, nada más real que las energías que se confunden en una corriente de placer y conocimiento mutuo, nada más artístico que dos alientos que soplan con el viento. Sí, la poesía y el sexo es lo mismo para mí. Pero la pregunta que me debiste formular era qué es para mí el sexo. Dos manos que se unen tiernas, dulces, una sonrisa que se escapa, un abrazo que arrulla, un movimiento que acompasa, un acto de pura vida. ¿Entonces la poesía es vida, es pasión, es sexo? Sí.

Tal vez te preguntes si es amor de lo que hablo. No, no es amor. No quiero hablar de ello en esta carta. Digamos que cuando estamos juntos te quiero, te deseo, necesito cada poro de tu cuerpo. No, amor no. Es algo diferente, es nuestro momento, único e irrepetible. Nuestra estación de tren, el baño que se abre a nuestras expectativas, el mordisco en tu cuello. Siento que pierdo mi voluntad, que me domina un ansia irrefrenable de poseerte en cualquier parte. Mi lengua quiere recorrer cada centímetro de tu piel. Me imagino que soy un fiel peregrino que recita una simple plegaria en las faldas del monte de Venus. ¿Amor? Yo te hago el amor, no lo digo, lo siento en cada arremetida de mi cintura sobre tu cadera abierta como una flor en primavera. Libando cual abeja voy y vengo, y de mi movimiento creo un jardín de deseo.

El otro día cuando nos despedimos ante el dintel de tu puerta, me preguntaste cuándo volveríamos a vernos. Yo te miré a los ojos, de esa manera tan mía, y te respondí: —Mientras nuestras manos se pierdan en la niebla de nuestros cuerpos, mientras la tormenta aceche sobre nuestras cabezas, seremos amantes que se buscan entre sábanas y sueños rotos. —Y con esta confusa respuesta, me marché del dintel de tu puerta.